

## DISCURSO

del Dr. José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en la Sesión de clausura del año escolar de 1934

Señores :

Esta fiesta solemne con que remata el año escolar no debe ser una de tantas ceremonias de esas que se repiten periódicamente, y, desvirtuadas por la costumbre, llegan a convertirse en observancias vacías de significación, ineficaces para suscitar un pensamiento, para enmendar un rumbo, o para inspirar o robustecer una resolución. Reunidos aquí el excelentísimo señor presidente de la república, patrono del Colegio por disposición de su fundador, los jóvenes que componen el claustro rosarista, y una concurrencia integrada por los padres de familia, y por esclarecidos personajes que para mí representan al pueblo colombiano, a ellos debo dirigirme en estos instantes para ponerles de presente, una vez más, las ideas y convicciones que me guían en la dirección y gobierno de este instituto. Después de Dios Optimo y Máximo, a quien debo cuenta estrechísima de mis actos y de mis intenciones, vosotros estais aquí para saber qué pienso y hacia dónde trato de encaminarme como rector de este nobilísimo colegio. Eso podéis exigiérmelo vos, excelentísimo señor, en nombre de la república que presidís y para la cual nada es tan interesante como lo que atañe a la educación e instrucción de sus hijos; y lo podéis exigir también en nombre de Fr. Cristóbal de Torres, que precisamente confió al Supremo mandatario civil el cargo de velar porque nunca se menoscabaran ni trastornaran los fines propios de esta institución. Eso lo reclamáis vos, excelentísimo señor rector honorario, en nombre de la Iglesia que go-

bernáis, celosa en todo tiempo de que la virtud genuina y la estimación justa de las cosas, acorde con la eterna verdad, sean el fundamento de la grandeza patria; eso me lo pedís, vosotros, oh jóvenes para quienes hace tantos siglos reclamó cierto poeta latino «magna reverentia», y a quienes, por lo mismo, no es posible guiar con violencia mecánica, sino con imperio de razón y verdad desinteresadas; eso, en fin, debéis pedirlo los que vinculados con esta juventud por los lazos de la sangre y por el común y firmísimo anhelo de prosperidad, no debéis apartar nunca los ojos y la mente de los que mañana os sucederán en el cargo de mejorar la hacienda moral, intelectual y material que estáis administrando.

A comienzos de este año, vos, señor presidente, hablastéis «de la transformación espiritual, que es para Colombia más dramáticamente necesaria que la transformación material». Así lo entiendo yo, y porque abundo en el mismo pensamiento me detendré a comentarlo con vuestra licencia, en esta hora que señala el término de un año lectivo.

Treinta años atrás, ¡qué diferente era una clausura de estudios, una repartición de premios, como se decía entonces! Externamente no es mucho lo que han variado las cosas; la simplicidad algo austera que siempre ha sido de rigor en estas ceremonias oficiales del claustro rosarista las ha preservado de la inevitable decadencia que se ensaña contra los oropeles de relumbrón y las declamaciones altisonantes. Entonces como ahora la juventud del colegio mayor se reunía en fechas como la presente para oír de labios del rector o de alguno de los profesores la postrimera disertación del año, y con ella, una despedida en que más o menos veladamente se patentizaba la solicitud ansiosa que en todo tiempo ha nacido de las relaciones entre maestros y discípulos. Publicábanse luego los nombres de los que

se habían aventajado por su buena conducta y laboriosa diligencia y con este acto de justicia concluía la sesión. Como veís, sus trámites siguen siendo idénticos, y a quien me pregunte dónde están esas diferencias a que he aludido, yo le respondería sin vacilar que en los actores y espectadores de esta solemnidad tradicional.

En aquella época, que para vosotros, señores estudiantes, ya se pierde entre las nebulosas incertidumbres de la crónica antigua, el mundo era muy otro; los límites del que conocíamos y los linderos del que nos aguardaba puede decirse que coincidían con los del territorio patrio; más allá del cual se extendía el «mare tenebrosus» que dijeron los cartógrafos primitivos, y al cabo de él, un continente remotísimo y tan opulento como remoto. Entendíamos muy bien que por allá se vivía una vida y por acá otra, que entre las dos no había engarce ni mancomunidad; y como el aldeano en su rincón vive contento con su poquedad, y orgulloso del ingenio, a veces realmente exquisito, con que la explota; descuidado de lo que acontezca al otro lado de la cordillera; así vivíamos nosotros, metidos en nuestro apartamiento, celosos de nuestras singularidades; ufanos de los méritos, a veces extraordinarios, que lograban algunos hombres eminentísimos, y atentos, en fin, a que no se perturbara un estado de cosas que para muchos era sinónimo de bienandanza definitiva. Perduraba aún algo del ambiente santafereño, y los cuadros de costumbres que dieron nombre perpetuo a Marroquín, a Silva y a Vergara, conservaban todo su valor como documentos y testimonios de una realidad persistente, de un verdor no marchitado por completo.

Al otro lado de los mares y en esfera mucho más amplia, Europa ofrecía ejemplo de cultura y de civilización bien asentadas y ya puestas al abrigo de trastornos fundamentales. Los que entonces se atrevieron a predecir conmociones y derrumbes de esos que, al

decir de Berceo, revuelven al mundo de «SOMO A FON-DON», eran tenidos en opinión de visionarios pesimistas; el presente y el porvenir se mostraban estables y seguros, y la prosperidad y salud de los pueblos parecían haber entrado por sendas de mejoramiento constante.

Dentro de este ambiente de serenidad universal, los estudiantes iban por sus pasos contados a coronar alguna de las carreras tradicionales, ciertos y convencidos de que si hoy reproducían puntualmente la juventud de sus mayores, mañana copiarían su madurez, ocuparían luego sus puestos y destinos, prolongarían más tarde sus actividades, y alcanzarían por último los años de una senectud grave y reposada, idéntica a la de sus abuelos, y como la de ellos, fecunda en dictámenes de experiencia y en memorias de los tiempos idos. Y por lo que atañe a los padres de familia, ¿qué otra cosa pedían sino que adelantaran pacíficamente los estudios de los hijos, y que aprendieran lo que ellos y sus antepasados ¡habían aprendido? Mejor garantía de que estaban preparando buenos y dignos herederos de sus fatigas y mantenedores de su posición, no podía imaginarse. Que si se trataba de los bienes de fortuna, ahí estaban los que en varios lustros de asidua labor habían juntado honradamente, y que irían a parar, íntegros y saneados, a las manos de los hijos para que les sirvieran de cimiento y respaldo en la vida venidera.

Nuestros padres ignoraban por lo general las sorpresas de la crisis y los azares del crédito, y nunca pensaron ¡que fuera verdad aquello de la Escritura: «Atesora el hombre y no sabe para quién está congregando sus riquezas» (Ps. 38).

No quiero decir que hace treinta años no hubiera sobresalto, o angustia y ambiciones en los padres de familia, o que la juventud careciera de nobles empeños, fuera capaz de altos pensamientos, o no prorrumpiera de vez en cuando en apasionadas y aun temerosas

manifestaciones de vida de pujanza. No; todo ello fue entonces y será siempre la trama ordinaria de la existencia; la novedad del caso consiste en que allá nuestros anhelos y hasta nuestras revoluciones estaban amparados por la estabilidad del mundo, y ahora vivimos en una época en que vacila y periclita esa misma estabilidad; y ya comprenderéis que no es lo mismo hacer una travesía y entretener el ocio de la navegación cuando el navío es sólido y la bonanza es general y cuando perdido el rumbo e insolentado el mar, cunde el desconcierto y amagan los riesgos de irse a pique.

Por lo cual aquí, y dondequiera que se reúna la juventud contemporánea, es inútil buscar el sosiego de otros días; hay espíritus ansiosos espoleados sin cesar por una o muchas interrogaciones secretas que nunca llegan a formularse claramente; los hay desconfiados que sólo miran en el porvenir vencimientos y derrotas inevitables; los hay hostiles al presente y al pasado pero que aún ignoran hacia dónde y cómo enderezarán sus energías; los hay activos en quienes la curiosidad alterna con la inconstancia; los hay vacilantes entre las múltiples y contrarias tendencias que advierten o sospechan en este mundo actual; los hay indolentes que renuncian al esfuerzo propio y aguardan que las circunstancias los saquen adelante o los postren definitivamente; los hay entusiastas y llenos de ardimiento que otean el futuro y tratan de apercibirse para ulteriores contiendas que se desarrollarán en los campos oscuros de la incertidumbre; los hay, en fin, ávidos de señalarse en sucesivas ascensiones; y los hay también partidarios de la menor resistencia, prematuramente cansados y habitualmente afligidos por aquella pregunta de escepticismo plañidero e infecundo: ¿Para qué?

De ayer a hoy ha cambiado otra cosa y es nuestro modo de hablar con los jóvenes. Achaque de los hombres maduros ha sido en todos los tiempos el lamentar

las audacias y los atrevimientos de la juventud. El mismo Goethe, allá en los años de su vejez, se desató en invectivas contra las nuevas generaciones alemanas, cuando un estudiante le notificó por escrito que si el señor de Weimar no publicaba pronto la segunda parte de su Fausto, la publicaría él, pero mejorando la obra del gran poeta. La anécdota merece citarse precisamente porque Goethe es el prototipo de un espíritu humano en el que los elementos eternos predominan sobre los circunstanciales. Pero lo cierto es que la tal queja es repetida invariablemente por todos los hombres representativos y en todas las épocas de la historia.

En todas, sí, menos en la nuestra, porque ora sea por obedecer a una flamante moda intelectual, ora por el desaliento que suelen experimentar los mayores ante la ruina de muchas cosas e instituciones que reputaban inmovibles, ora también por un afán no muy loable en que andan mezclados el temor y el interés, es lo cierto que quizá desde los tiempos de Grecia nunca ha sido tan lisonjeada la adolescencia como en estos últimos años. Pondéranla muchos como si ella y sólo ella fuera capaz de traernos la salvación; exaltan otros los valores juveniles como si se identificaran con los valores absolutos, y es curioso que mientras crecen y se hinchan estas espumas de adulación, los mismos jóvenes entienden muy bien cuánto hay de irreal y de peligroso en esta oposición de unas generaciones a otras. «Cabalmente porque somos jóvenes —han dicho dos notabilísimos representantes franceses de la gente moza— no hemos de rendirnos ante el resplandor del nuevo mito». Una generación que comienza debe ser mensajera y portadora de algún renacimiento, y en eso estriba su valor, que nó en la edad biológica, que es sin duda un privilegio, pero el más frágil de todos. Cada generación, para ser fiel a su destino, debe presentarse como un nuevo contacto con la realidad, pero ese contacto carece

de sentido y de eficacia si no trasciende los problemas del presente y se transfigura en impulso creador; y quiere decir esto que la juventud apenas es un aspecto del hombre total, y que no adquiere su valor verdadero sino cuando así misma se supera en un transporte de generosa madurez.

De donde resulta que la prosperidad y nervio de un país no son ni pueden ser obra exclusiva de una sola de las generaciones que lo componen, aislada, y por decirlo así, segregada del Cuerpo Social, por virtud de no sé qué artificiosa e inconcebible oposición. La grandeza nacional proviene justamente de la bravura juvenil, del equilibrio de la edad experta, y de aquella prudencia vetusta, postrimera sabiduría de la vida, que hacía decir al duque de Devonshire: «Los que me acusan de no ser más que un freno, no se fijan en que el freno es una garantía de seguridad para todo vehículo».

No lo entienden así los que sólo atienden a encarar la juventud y ponerla algo así como en una categoría de deidad pagana, de suerte que basta ser joven para poder ser todo lo demás, y para que todo lo demás, si no es bueno y justo, sea perdonado. Y Dios sabe si los jóvenes de hoy, cuando vayan acercándose a los años de responsabilidad y a las funciones de dirección familiar o social, no nos echarán en cara la influencia nefasta que ha tenido en su amaestramiento y en su potencialidad, el elogio sin distingos y sin límites con que la hemos intoxicado. Así, algunos hombres reprochan tardíamente a sus padres el haberles educado mal, a fuerza de incalculables y tímidas complacencias que lo mismo pueden parar en negra perdición que en tacha incurable de vanidad y de pedantería.

Y aquí sí podríamos hacer nuestras las palabras de Marañón: «Individualmente nos sentimos libres de tal pecado; pero no lo estamos como miembros de una generación que tendrá que dar cuenta de tamaña culpa

ante la historia». Amedrenta en verdad esto de haber contribuido a que se mantenga un linaje de hombres desequilibrados por la hipertrofia del sentimiento del derecho sobre el sentimiento del deber, hombres que dan uno a los demás por cada ciento que exigen y toman para sí, y que ignoran cuán urgente es invertir esta fórmula para que florezca en sus manos el porvenir, cuya pesadumbre y cuyo gobierno se les viene a pasos de gigante y con aceleración incontenible.

Sí insistir en estas consideraciones que pueden parecer ingratas, fijémonos ahora en los atributos característicos que especifican de verdad a la juventud de nuestra época. Paréceme que de todos ellos el más importante y al propio tiempo el más noble, es un deseo latente y secreto pero muy poderoso de amor y de entusiasmo. He dicho amor, y ya se entiende que no le doy a esta palabra su común significación (que ojalá no decayera muchas veces de su genuina plenitud), sino aquella otra que le dio un antiguo filósofo, según el cual amor es voluntad y potencia de hacerles bien a los demás. Y ese amor lo veo arder en vosotros cuantas veces criticáis lo que os rodea y menospreciáis inconsideradamente lo que ya fue, porque ni esa crítica ni ese menosprecio son un simple anhelo demoledor ni pueden confundirse con un apetito estúpido de destrucción; lo que hay es que vivís soñando con días más afortunados que los presentes, y que combináis de continuo en la mente ideas y fantasías, planes y sistemas de reforma, de regeneración, de adelanto y de mejor estar. No importa que abunden en esas vuestras fábricas interiores la utopía, o la exageración, ni que se eche de menos un acabado discernimiento de las realidades, ni que sobren los optimismos pueriles; lo que sí importa es que todo ello arraiga en un deseo íntimo y vehemente de mermar miserias, de corregir menguas y de acrecentar bienes para común provecho de los hombres y de la

tierra patria. Y a eso lo llamaba amor el viejo Estagiritas; amor que quizá no sabéis interpretar ni traducir todavía, pero que va unguado con aquel entusiasmo que según Rupert Brooke os asemeja al caballero novel que avizora el universo desde un portal de leyenda, y siente que sus armas flamantes vibran aún con el espaldarazo ritual. Así vosotros al dar los primeros pasos en la vida debéis ir ceñidos por los arreos de la ciencia, tocados por el acero del ideal, y rebosantes de la antigua y siempre remozada energía que ambiciona dominio, mas no para nutrir el egoísmo torpe sino para enderezar tuertos y desfacer agravios.

Como segundo rasgo característico de la juventud apuntaré —mirad qué paradoja!— la desilusión. Porque no se os ocultará que el amor y el entusiasmo a que me he referido, chocan desde los comienzos de la existencia activa con el marasmo, con la necedad, con las bajas codicias, con el utilitarismo sórdido y tinterillesco. Kipling tiene por ahí un cuento cuyo protagonista empieza a vivir muy convencido de que este mundo está poblado de héroes, de próceres y de varones consulares, convencido también de que la fama se aúna siempre con el mérito y la hermosura con la bondad. Paulatinamente, el colegio primero y la sociedad después, se encargan de mostrarle que las cosas no responden con mucha ni aun con escasa precisión a las imágenes que lo ilusionaban, y por este camino de desengaño se vuelve pesimista y acaba en cínico de remate. Perdóneme aquí el incomparable Rudyard, y deme licencia para completar el cuento con la advertencia de que la juventud, mal dispuesta para resistir el influjo deprimente de estos y otros inevitables desencantos, suele renegar de su generosidad innata y reconcentrarse en sí misma con harto peligro de que, abandonado todo noble empeño, engendre uno de aquellos dos tipos extremos: el del «arribista» sin escrúpulos, o el del «fin de casta» sin decoro.

Tercer rasgo de la juventud será el apresuramiento, que tiene por consecuencia la desesperación y el desaliento ante la lentitud del éxito y la tardanza del resultado apetecido. Ello es más sensible en tiempos tan difíciles como estos que van transcurriendo, como si dijéramos, ante un horizonte ensombrecido, cargado de dudas y de incertidumbres, tales y tantas que la adolescencia no puede adivinar ni presumir siquiera cuáles serán sus destinos ni qué obras le corresponderá llevar al cabo del día de mañana. Por eso se impacienta viendo que muchas posiciones ya están tomadas, o se desconsuela porque no ve cuáles habrán de inventarse que satisfagan sus anhelos. El fenómeno es universal y no hay país en que la juventud, ávida de acción y de labor, no se sienta atajada en sus primeros conatos, y eso no por huestes de enemigos, que no los tiene; no por la lucha de la competencia, que de seguro le sería gustosa; sino por la inacción que debilita los brazos, atrofia la mente, y aplebeya el espíritu. ¿Se explicará así, no diré la hostilidad, pero sí el desvío o la indiferencia, que los jóvenes suelen mostrar por la autoridad de la tradición y por las normas que consagró una experiencia secular? No puedo, por ahora, contestar a esta pregunta, observaré en cambio que la mocedad se da sobrada prisa cuando concluye que si el mundo va mal, la culpa es de estas o de aquellas instituciones, de éstos o de aquellos ordenamientos. Y se apresura en demasía cuando contrapone lo viejo y lo nuevo, y pretende hacer tabla rasa de lo primero en favor de lo segundo, como si cada momento histórico de legítimo progreso no fuera una proyección de las conquistas del pasado sobre las adquisiciones del presente. Y por lo que atañe a los estorbos e inconvenientes; a los trabajos y a las dificultades, a los hados adversos que la juventud sospecha o adivina en los días advenideros y que ya comienzan a angustiarla con preámbulos de desaliento, yo

le pediría que apartara los ojos de lo imprevisible, y los fijara abincadamente en la inaplazable necesidad de su propia perfección y justo encumbramiento. Esto me trae a la memoria lo que el exquisito J. Benda respondió a quien, receloso de la suerte que había de correr la pura intelectualidad, le interrogaba sobre si la universal crisis presente acabaría por aniquilarla o corromperla. «No sucederá tal cosa —apuntó el crítico— a condición de que los verdaderos intelectuales dejen de ocuparse exclusivamente de la crisis y se revuelvan a crear algo en sus propios dominios». Con otro tanto derecho y muy honrada analogía, os diré hoy que los futuros e inevitables contratiempos y adversidades de la vida no lograrán que se malogre vuestra juventud, si sabéis hurtar el ánimo a la melancólica obsesión de un porvenir infausto, y os aplicáis a realizar, desde luego y a cada hora, el máximo decoro moral e intelectual que tan divinamente se ajusta con la arrongancia y agilidad de vuestros años.

Aun hay otro rasgo que os califica y señala. Sois esquivos con la tradición y declináis no sé si con ironía o con descuido la invitación que solemos haceros a explorar el tiempo que ya es ido y a refrescar las memorias, ejemplos y dictámenes de los antepasados. arquitectos de nuestra nacionalidad y modeladores de nuestra fisonomía social. Yo me lo explico suponiendo que los problemas y cuestiones que hoy embargan al mundo son tan graves y numerosos y se sienten con tanta viveza, y tienen repercusiones tan vastas, que inducen a pensar que nuestra época no tiene precedentes y que es vanísimo empeño y tarea desaprovechada el buscarles solución o remedio en la sabiduría y experiencia de los antiguos. Y ello sería muy verosímil cuando los invocáramos para dilucidar y resolver en concreto las situaciones o casos que la política, la economía o el comercio introducen de continuo en la vida; pero

sería increíble y pernicioso que con tal pretexto desestimáramos el consejo de los antiguos y la asidua consideración de sus ejemplos. Lo sería, ante todo, porque, si bien se mira, no hay un solo problema de estos que angustian o preocupan intensamente a la humanidad contemporánea, que no se reduzca a uno o a otro de los problemas morales que siempre la sobresaltaron y que en cada siglo fueron manejados o absueltos con incomparable elegancia y dignidad por algunos próceres, florones de la raza, que por eso granjearon memoria perdurable. La entereza y la pulcritud; el desinterés, la abnegación y la austeridad, la información y la constancia, con que ellos procedieron al enfrentarse con las cuestiones que tenían entre manos, debieran espejarse y reproducirse en nosotros para acometer las empresas que nos corresponden. Esto sin contar con que la sabiduría en general, y aun las ciencias experimentales de hoy, por muchos que sean sus adelantos, nunca podrán emanciparse completamente de sus precursores. Así en el saludable progreso del bien y de la verdad, como en la triste persistencia del mal y del error, es un hecho inconcuso que la llama de hoy es la chispa de ayer y será el incendio de mañana, por lo cual, siempre les he hallado la razón a los orientales, que simbolizaron el conjunto de la vida humana en el círculo de una sierpe que se muerde la cola; también yo creo, pero con más ciertos motivos y más nobles imágenes, que si la raza nuestra desarrolla algún día la plenitud de su potencialidad benéfica y toca el ápice de la cultura suprema, esa espléndida realización coincidirá punto por punto con las visiones de la total grandeza humana en que se deleitó la mente présaga de los filósofos patriarcas; ése —diré más cristianamente— será el círculo sublime que habrá recorrido la criatura que salió de Dios para volver a Dios.

Ya véis cómo el culto de la tradición, como sea razonable y profundo, no es un mero fetichismo, sino una garantía positiva de progreso y bienandanza, nó insólitos, esporádicos y por lo mismo pasajeros, nó improvisados y fulminantes y por lo mismo violentos, sino arraigados en el seno remoto de las gentes humanas, tejidos poco a poco con innumerables esfuerzos concurrentes, perpetuados a poder de entendimiento y experiencia de nuestras necesidades que allá en el fondo siempre serán idénticas, y por todo esto, sólidos y estables sin comparación, capaces de engendrar aquel alto espíritu de solidaridad que infunde alma y vigor en las colectividades, ora sean tan vastas como las naciones, ora sean tan pequeñas como este colegio y esta facultad, y a las unas y a las otras, pero en órdenes diversos, les confiere el orgulloso atributo de una personalidad bien definida.

No creo, en fin, equivocarme al afirmar que también es rasgo típico de la adolescencia coetánea la visión incompleta de los valores humanos. Concibo sin dificultad eso que llamáis «inquietud» y que es justamente avidez de sorpresas en el orden del conocimiento, apetito de innovaciones en el campo de la acción, y tedio o impaciencia ante la perspectiva de continuar por las mismas rutas y caminos que, con pocas o muchas emiendas, han venido trajinándose. Algo así me figuro que sucedería cuando, recién descubierto el nuevo mundo, cundió por Europa aquel frenesí heroico de aventuras que a tantos hizo romper con el molde y ganga seculares que los circunscribía, y los lanzó a una existencia en que la tenacidad se abrazaba con la alucinación, y los hechos atropellaban a la fantasía. Hoy, a nuestra vista, va cumpliéndose una revolución parecida o de mayores alcances, mas nó porque el planeta se ensanche geográficamente, sino porque en el seno mismo de

la materia aparecen orbes incógnitos; porque esta simple naturaleza que nos rodea, contiene y recata urdimbres fulgurantes como esas de la radiación universal, prometedoras de inconcebibles inventos; porque en los dominios interiores de la criatura humana empiezan a levantarse las nieblas que arropaban una región de infinitas complicaciones vitales; porque aun los artificios nuestros que, como el dinero, las máquinas y los sistemas económicos, parecían tan bien estudiados y una vez por todas, definidos, se nos han trocado en energías rebeldes, amenazantes y comprometedoras. A este continuo amanecer de problemas, sobresaltos y expectativas, es obvio que debe corresponder un afán de inteligencia por parte de la juventud, como el hallazgo de las novedades que encerraba el mundo americano correspondieron el ansia exploradora y las pasiones de conquista y cierto noble delirio aventurero. Pero fijaos bien en que todo ello pertenece a la categoría de los valores externos y materiales, que aun siendo muy interesantes, no pueden absorbernos tanto que nos hagan remisos para la consideración y estudio de esos valores primigenios, interiores y espirituales que tienen por habitáculo la conciencia, se traducen en deberes de religión y de moralidad, claman por sanciones eternas, y promulgan el soberano imperativo de perfección, íntima y secreta, radical e insustituible, que se contiene en el mandamiento de Jesucristo: «Sed perfectos....» Quien no crea en la prestancia y prioridad de éstos que he llamado valores internos, venga y díganos si la viciosa prole de males y desesperanzas que aflige a los humanos tiene su raíz en la escasez de fórmulas y adelantamientos científicos, o si la tiene más bien en el destempe de esta armadura interior que en todo tiempo se denominó virtud. El otro día se dijo, por ejemplo, que la mala repartición de las riquezas es lo que al presente atosiga y emponzoña a la humanidad. Cierto es; pero el abuso

de los bienes terrestres, de dónde nace sino de las codicias desmandadas, del egoísmo sórdido, de la justicia olvidada, del placer sin cortapisas y de ese agostador imperialismo que hace pie en la materia para sofocar el espíritu y extinguir sus preeminencias.

Señores: La vejez se anuncia el día en que el pensamiento y la acción se dan la enhorabuena por haber alcanzado una meta infranqueable; la vejez amaga el día en que uno ya no desea nada más para sí, para los suyos, ni para la sociedad a que pertenece, la vejez principia cuando la experiencia deje de ser una escuela de transformaciones hacia lo alto, cuando cada hora no se considera como un nuevo punto de partida, cuando desmaya el hombre ante el empeño inacabable de lograr coincidencia y acorde entre las ideas y las obras, entre la verdad y la vida. Rehaced vuestro mundo con una juventud perpetua, señores colegiales y estudiantes, y recordad que no vais solos: estos rectores.... estos próceres que son alma del claustro, os precedieron en la faena y cooperaron en la formación de la república, por eso tienen autoridad de conductores. No desamparéis las manos que os tienden.... manos gráciles, fantasmales, ingravidas.... manos emancipadas de la caducidad.... manos sembradoras de la IDEA.

